

Pérez Vejo, Tomás – Yankelevich, Pablo (coords.). *Raza y Política en Hispanoamérica*. Madrid: Iberoamericana. México: Bonilla Artigas Editores, El Colegio de México, 2018. 388 pp.

Esta obra colectiva constituye una aportación clave para la reflexión sobre diferentes aspectos de la construcción y utilización del término “raza” en el contexto político iberoamericano de los siglos XIX y XX. El libro, coordinado por dos prolíficos historiadores como Tomás Pérez Vejo y Pablo Yankelevich, nos ofrece herramientas hermenéuticas fundamentales, a partir del análisis de las ideas políticas y culturales, para comprender la interconexión entre Estados nacionales de la América ibérica y construcción e imaginario de la otredad, dirigiendo la lupa hacia los discursos y las prácticas puestos en marcha frente a grupos poblacionales racializados, sean ellos poblaciones indígenas, afrodescendientes o inmigrantes europeos.

Es sabido que la categoría de raza es una construcción y una práctica social, y no una realidad biológica, pero es igualmente cierto que tal noción resulta ser una de las invenciones conceptuales centrales de la modernidad, que además ha sido utilizada para identificar, diferenciar y discriminar a un amplio abanico de subalternos a lo largo de la historia del mundo contemporáneo. Se trata de un término ambiguo, polisémico, cuyo significado cambia en el tiempo y en el contexto, pudiendo llegar a tipificar diferencias relacionadas con un orden biológico, cultural, espiritual, moral, o varias de estas variables a la vez, tal y como señalan varios autores de esta obra.

Este afán clasificatorio trae consigo una organización jerárquica de la sociedad. Es preciso recordar que, en la segunda mitad de siglo XIX, la raza pasó a ser un criterio fundamental en el marco de la configuración de los Estados nacionales en América Latina, pues ofrecía una explicación científica de la desigualdad social y económica. Como relevan los investigadores en la introducción, la racialización de la vida pública desde la segunda mitad del siglo XIX acomuna a las dos orillas del Atlántico; lo peculiar y novedoso, en el caso de nuestro interés, es entender cómo todo ello se articula en un mundo definido por su “carácter multirracial, blancos, indios, negros y las múltiples mezclas entre ellos, con las marcas de la diferenciación racial y social impresa en los rostros” (p.12). En fin, en los países hispanoamericanos la dicotomía civilización-salvajismo se convierte progresivamente en uno de los ejes de interpretación de la sociedad del siglo XIX y comienzos del siglo XX. En diferentes medidas, la exclusión, educación o regeneración de los grupos considerados como salvajes, primitivos, irracionales, perniciosos, enfermos, improductivos o degenerados, entre otros, devienen prácticas medulares en la definición de quién es, o merece ser, parte de la Nación. Progresivamente se va reforzando una supuesta homogeneidad entre los miembros civilizados de la comunidad nacional, aplicando políticas públicas orientadas a la “mejora” de la calidad étnica y moral de la población y, por ende, consolidando las fronteras internas y externas para separar el “nosotros” de “los otros” sujetos a políticas racializantes.

En la obra nos encontramos con un campo de elaboración común en los diferentes países americanos en el tránsito entre los siglos XIX y XX. Resulta particularmente interesante en esta obra ver cómo las elites y los intelectuales de los distintos países, aunque a menudo dotados de un bagaje teórico-cultural en comunicación el uno con el otro, buscan y encuentran soluciones diferentes para sus políticas poblacionales según los momentos y los lugares. Tal y como se plantea, es evidente que no es lo mismo, por ejemplo, pensar en la homogeneidad racial a alcanzar a través del mestizaje desde México o desde Argentina, y tal vez tampoco las palabras utilizadas para hacer referencia al fenómeno revisten el mismo significado.

La obra reúne diez contribuciones cuyos lugares objeto de estudio son países como Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Guatemala, España, El Salvador, México, Puerto Rico y República Dominicana. A partir de los casos concretos, se discuten las múltiples conexiones entre raza, política y construcción de la nación.

La primera contribución, “Seríamos blancos y pudiéramos ser cubanos: raza, nación y gobierno en el Caribe hispano” del historiador José Antonio Piqueras, propone una reflexión en torno a los antagonismos raciales presentes en los diferentes proyectos de construcción nacional en el Caribe hispano (concretamente en Cuba, República Dominicana y Puerto Rico). El interrogante central de este estudio gira acerca de cómo se pensó gobernar a las tres sociedades compuestas por grupos poblacionales diversos. Tratando de avanzar respuestas, el autor se detiene en torno a dos cuestiones principales que se relacionan con la construcción de la nación en los países objeto de estudio y resultan distintivas de esa construcción respecto de la que se observa en otros países: el tema de la negritud y el mantenimiento de la esclavitud hasta casi finales del siglo XIX. El autor nos recuerda además una ulterior variable para su estudio que lo diferencia de las dinámicas en otros territorios, es decir que varios intelectuales empezaron a pensar a la conformación de la nación en Cuba y Puerto Rico a lo largo del siglo XIX en un contexto que era colonial para los dos países. Tras un exhaustivo análisis, concluye Piqueras que, a comienzos del siglo XX, de facto, el pensamiento y las prácticas en sociedades que podemos definir como post-esclavistas, en realidad enmascara jerarquías de clases orientadas a disponer de una mano de obra disponible y subalternada en base a criterios que progresivamente devienen raciales.

El segundo trabajo, “Raza y construcción nacional. México, 1810-1910”, se debe al historiador Tomás Pérez Vejo; el autor dilucida el lugar que la raza ha ocupado en el proceso de imaginación de la nación en México del siglo XIX. Pérez Vejo nos muestra cómo fue a lo largo del siglo cuando progresivamente las categorías socio-políticas se convirtieron en raciales y los criterios biológicos fueron utilizados en la explicación de la marginalización de la población nativa. A partir del análisis de varias fuentes hemerográficas, el autor sostiene que la raza mexicana se configuró a través de un debate no lineal sobre un pasado imaginado en el origen de la nación, sea este prehispánico o español. Desde finales del siglo XIX, el pasado indígena y el mestizo son, poco a poco, incluidos en el gran relato fundacional del mestizo como raza nacional de México. Finalmente, planteándose cuál era la raza (deseada) para la realización como comunidad política en la víspera de la revolución, el autor muestra cómo los liberales mexicanos pensaban en ella en términos más marcadamente biologicistas, mientras que los conservadores adoptaban una vertiente del concepto más relacionada con el carácter religioso-cultural.

Sigue el trabajo de la historiadora Patricia Funes, “Entre microscopios y crisoles. Raza y nación en el Sur”, que nos presenta los discursos de varios intelectuales sobre la raza en tres países, Argentina, Brasil y Bolivia. Para Argentina, la autora presenta un análisis alrededor de unos conceptos muy en boga en la época, tales como multitud, parasitismo y enfermedad (sociales) entre otros, para llegar a proponer la idea de blanquitud ambivalente. En Brasil, el tema a debatir en el pasaje entre Monarquía y República es el problema de cómo la población negra libre iba a conformar la nación en Brasil, y la autora destaca al respecto cómo la solución se encuentra en un determinado momento en el mestizaje, aunque no se halla exenta del riesgo de su degeneración, y en la bien conocida idea de la democracia racial. Finalmente, para Bolivia, Patricia Funes discute de la idea de la “guerra de razas” como tema que usaban las elites bolivianas para destacar la peligrosidad de la población nativa. Además, deja emerger como una de las pocas voces discordantes en el panorama de la época la perspectiva de Franz Tamayo. La autora concluye que, a partir de idénticos planteamientos conceptuales, la idea de la raza y de la importancia del mestizaje como panacea que se conforman es distinta en cada país.

El cuarto trabajo, siempre en el ámbito de la disciplina histórica, está firmado por Joshua Goode: “La raza como teoría viajante: discursos antropológicos a ambos lados del Atlántico a principio del siglo XX”. El autor se centra, en esta obra, en la transmisión y difusión de las ideas sobre las razas entre -de manera preponderante- los antropólogos españoles en un momento que coincide con el fin del imperio español en Cuba y la reanimación del mismo en el norte de África. El historiador, siguiendo la línea trazada por Said, explora la idea de las teorías viajantes aplicándolas a las de fusión racial. A partir de un análisis de dos discursos de Manuel Antón y Ferrándiz (en 1891 y en 1900), del concepto de hispanidad y de cartas y trabajos de Fernando Ortiz, el autor concluye que existen distintas interpretaciones de aquello en qué consistiría la raza en los diferentes contextos analizados.

Un análisis sobre el racismo como método para la construcción nacional de base eugénica en Costa Rica, El Salvador y Guatemala es la contribución a la obra que reseñamos de la historiadora y socióloga Marta Elena Casaús Arzú en “Racismo, genocidio y nación: el dilema de América Central”. La autora plantea que en los tres países la homogeneidad de la nación se llevó a cabo parcialmente y como producto de un blanqueamiento, y no mediante el mestizaje. Este es el mapa explicativo que permite a Casaús Arzú focalizar su análisis primero sobre el papel de las elites intelectuales locales en adoptar ideas eugenésicas entre finales del siglo XIX y comienzo del XX, adaptarlas a los contextos locales, contribuir a la construcción de imaginarios y políticas nacionales, y favorecer el pasaje, luego, de una nación eugenésica a un Estado racista. Gracias a un estudio pormenorizado, enfocado sobre todo en el caso de Guatemala, la autora concluye que el racismo fue un elemento histórico estructural que operó como ideología de Estado durante el genocidio perpetrado contra la población maya durante la década de los ochenta.

Sigue el trabajo póstumo del sociólogo y antropólogo Rodolfo Stavenhagen (que en paz descance) “El indigenismo mexicano: gestación y ocaso de un proyecto nacional”. El autor se centra en una aproximación al tema del indigenismo en México en cuanto política oficial del Estado mexicano y de su relación con la antropología social que, como es sabido, “retoma la figura del mestizo [...] como una meta a alcanzar a través de las políticas públicas del indigenismo” (p. 227). En definitiva, se plantea que para los intelectuales y políticos del siglo XX el mestizo era, y debía

ser, lo auténticamente mexicano. Ahora bien, se postula que el indigenismo aplica un enfoque cultural (y no racial) a lo indígena y, a partir de ahí, sigue impulsando un proceso de aculturación que no es otra cosa que la desindigenización de México. El exhaustivo estudio propuesto por el autor abarca hasta hoy en día, y termina con un análisis de acontecimientos recientes que marcan el paso a una ampliación de las demandas indígenas a partir de los noventa.

La historiadora, etnohistoriadora y antropóloga Marta Saade Granados reflexiona, en su trabajo “La racialización de un orden moral. ‘Sentidos comunes’ en la Colombia de la primera mitad del siglo XX”, sobre la posibilidad de pensar la racialización de los problemas nacionales en Colombia (entre 1914 y 1940) en tanto que reproducción de un orden político de tipo moral. El trabajo que la autora presenta gira en torno a dos ejes. Primeramente, el estudio de la relación entre la emergencia de sujetos sociales y reivindicaciones obreras y el debate sobre el carácter racial y social de los “problemas” colombianos, para poner de relieve cómo la transformación del pueblo que pretendía realizar el Estado no se planteaba únicamente en términos biológicos. En segundo lugar, una revisión del periódico colombiano *El Tiempo* alrededor de la fecha del 12 de octubre (fecha del Día de la Raza) permite afirmar que la discusión central propuesta por el periódico versa alrededor de la idea de una “comunidad moral” y/o espiritual.

Los últimos tres trabajos recogidos en esta obra comparten con los anteriores la idea de la progresiva racialización de la vida política en los países americanos, pero suponen un cambio de perspectiva al analizar más estrictamente las relaciones entre raza e inmigración. En el artículo “Raza e inmigración: algunas reflexiones sobre el caso argentino”, el historiador Fernando J. Devoto propone una interpretación de los aspectos más relevantes de las estrategias migratorias argentinas. El autor nos ofrece un excelente *excursus* sobre la noción de “raza” (entrecomillado del autor) y su utilización. En las restantes partes de su texto, Devoto, a través de un análisis de la historiografía del país, detalla cómo, para las elites ilustradas, la inmigración como factor de progreso no era el centro del debate político, y cómo fue a lo largo del siglo XIX cuando la cuestión racial y la necesidad de poblar el territorio para civilizarlo se impuso en el debate, a la par que los intelectuales positivistas afirmaban la necesidad de selección de una inmigración deseada, léase blanca y europea, y que fuese cada vez más numerosas para combatir el “problema” del mestizaje visto como corruptor y en el que la componente indígena domina sobre la blanca.

El trabajo titulado “Nuestra raza y las otras. A propósito de la inmigración en el México revolucionario” el historiador Pablo Yankelevich nos propone una reflexión sobre el papel desempeñado por el concepto de raza a partir de la revolución de 1910. Mayoritariamente a través de un análisis de la legislación mexicana, la tesis principal planteada por el autor en este texto es que el régimen surgido de la revolución, al tiempo que expresaba una sensibilidad en defender a unos cuantos grupos de las injusticias sociales, demostraba ser también étnicamente excluyente hacia otros. En segundo lugar, aunque en el Censo de 1930 desaparecen las diferencias raciales para el recuento de población, en la realidad social sigue habiendo prejuicios raciales y prácticas racistas. Finalmente, el autor destaca una profunda arbitrariedad en la gestión de las políticas de extranjería que restringían (o vetaban) a partir de la década del 1930 el ingreso a unas cuantas categorías de extranjeros indeseables para los que la raza se utilizó como sinónimo de nacionalidad. Además, en contraposición

al segregacionismo racial estadounidense, todo ello consolidó la figura del mestizo como icono de la nación, no contaminada por elementos peligrosos o inasimilables.

Finalmente, esta obra se cierra con el artículo “Crear brasileños” del historiador Jeffrey Lesser. Señala el autor que, a pesar del mito de las tres razas como fundante de la variedad poblacional del Brasil, en realidad se preveía ocupar el territorio considerado “vacío” con inmigrantes para que estos remplazasen a los pobladores locales, de manera similar a lo que estaba aconteciendo el Cono Sur. Para fundamentar estas consideraciones, Lesser se dedica a detallar las políticas migratorias del país en la primera mitad del siglo XIX, desde las primeras tentativas para atraer población en la época colonial, pasando por la primera época independiente y la afirmación del blanqueamiento como filosofía y como práctica migratoria acerca de la raza deseada hasta, siguiendo en esta línea, la excepcionalidad de la inmigración china considerada moderna, trabajadora y dócil, a diferencia de la europea potencialmente conflictiva en términos laborales.

Solo cabe concluir que esta necesaria y relevante publicación ofrece algunas claves imprescindibles para la comprensión de la historia y las sociedades americanas en el mundo de hoy en día.

Chiara Pagnotta
Universidad de Cádiz (España)
chiara.pagnotta@uca.es